EL EGOISTA

POR

DANIEL SUEIRO

Y me sorprende la voz alta, la mía, en medio de la habitación:

—No, veinticuatro —me digo.

Y estoy como un idiota, con las manos dando vueltas al cenicero, y la mirada y el pensamiento vagos sobre los tejados y las ventanas, sobre las chimeneas y las paredes viejas y las ropas tendidas en las cuerdas y alguna mujer que anda por allí.

Así estoy en lugar de ponerme en serio a lo mío y terminar de una vez.

Todo esto viene desde el primer día, y ya no puedo aguantar más. Sin embargo, esta tarde fué como un presentimiento repentino, un pensamiento fugaz al levantarme para cambiar la rayita roja de la radio. Que de pronto me detengo al lado del armario, porque allí arriba está la maleta grande con la tarjeta del muchacho colgando sobre el asa, metida en el estuche de cuero y celofán; que me detengo, de súbito, para que en un instante se acumulen todos mis temores y mi miedo y para que se me presente claramente la situación. Y pienso yo, con la música deshilachada y enronquecida, porque cada vez se aleja más de la dichosa raya, si debo recordar, por lo menos, el nombre, o si antes no me lo dijo nunca.

—Y a mí que me importa —pienso.

Voy a la maldita raya por lo de la música. Pero al ir a tocar el botón oscuro, pienso de nuevo y me paro y la mano se paraliza y se queda abierta ante la fila de nombres y de puntitos como si tuviera miedo de tocarlo o algo. Yo doy media vuelta, me vuelvo un poco y miro la cama en la que nadie ha dormido desde hace días, pero que está arrugada de tirar por allí las cosas y de sentarse, y todo lo demás. Le doy al botón y parece como si toda la orquesta se enderezase y se encontrara por fin cómoda y bien afinada.

Y me pongo al trabajo, delante de la ventana. ¿Qué voy a hacer yo? Además, ¿a quién iba a decírselo? ¿A quién tenía que avisar? Armar todo el escándalo para que el individuo se presente tan fresco al día siguiente contando otra vez lo de la excursión por el valle del Loira. Pero veinticuatro días son muchos días y algo hay que hacer, digo yo. ¡Maldito fulano! Si no fuera por...

Siento calor y sudo y ya no sé si debo cerrar la ventana o dejarla

así para que entre todo. El agua, medio caldeada, la bebo ya sin echarla en el vaso, por la jarra, y en ese momento miro hacia el armario, por lo de las botellas.

—¡Gustavo! —y no me doy cuenta hasta la segunda vez o así. Me quedo con la jarra en la mano y no me muevo. "Mierda", digo yo. Qué vas a hacer.

—Gus... —y yo bien sé que me dice: "¿No vas a bajar pronto?"

Estoy yo bueno hoy para bajar y para eso.

No me muevo. Ya no puedo trabajar ni puedo estar tranquilo. Como si estuviera enfermo o medio loco, se me van y se me vienen las ideas y no sé qué debo hacer, si debo hacer algo o desentenderme de todo esto como hasta ahora. La mirada se me clava en la radio encendida, como si quisiera recoger de una vez toda la música que sale y meterla de nuevo dentro sin levantarme ni contestar. Y al mirar a la radio, no sé bien si miro al armario por las botellas y a las cartas amontonadas en la mesita y al lavabo que está ya sin jabón ni pasta de los dientes, y también hacia la maleta y hacia la chaqueta que cuelga en el respaldo de la silla desde entonces, o hacia la cama que tiene en el medio el hueco de sentarse, o hacia los libros que están por ahí..., pero pienso en todo esto confusamente y siento como una intranquilidad, una incomodidad que empieza a darme náuseas.

—Gustavo —me llama por última vez, pero yo no me muevo ni digo nada.

Muchachas como Isabella aquí abajo, gentes como yo o como el alemán, estudiantes, artistas e individuos así en los pisos de arriba y en los de abajo y por aquí alrededor. Por eso nunca se sabe nada ni nadie se preocupa de nadie. ¿Que vienes? Pagas lo tuyo y en paz. ¿Que te vas? Suerte, ya vendrá otro. ¿Que desapareces? Ya aparecerás si puedes. Nadie te va a seguir la pista.

Pero siempre habrá un desgraciado como yo que te conozca y vea esas cartas y todas estas cosas y se pregunte qué ha pasado.

En un sitio como éste, sales de casa y ya no sabes si vas a volver. Cualquier cosa. Los periódicos, la misma radio y la televisión todos los días: el padre de la muchacha de quince años que acuchilló a uno de los jóvenes, el policía muerto por los dos ladrones en pleno barrio latino, los dos asesinos de veinte años que disparan a boca de jarro sobre los novios que se abrazan dentro del coche... Y todo lo que debe haber por ahí. Y luego te preguntan, y vienen los líos, y por qué no diste parte antes o no avisaste a alguien y la leche. Lo de la japonesita aquella degollada por un imbécil en el bosque de Bolonia, y lo del español y el marroquí en la Ciudad Universitaria... Tremendo, vamos.

Pero, y uno, qué. Veo las cartas amontonadas sobre la pequeña

mesa, al lado de la radio. Dos cartas juntas ayer, y hoy una carta y un telegrama. Intento recordar el nombre, porque ni siquiera de eso me he preocupado, pero no me levanto.

Porque cuando el trabajo y las cosas van bien y por fin te encuentras a gusto porque estás solo y no tienes que dar conversación a nadie ni esforzarte por entenderte en francés con un alemán que no te va ni te viene, lo que tú quieres es que esto siga así hasta... ¡qué caray! Pues en los últimos veinte días lo mío venía avanzando más que en los tres meses anteriores. Además, la verdad, me encontré cómodo y bien yo solo con la radio y todo lo demás. Pero un día como hoy que te das cuenta, que te pones a pensar y ya se acabó. Y te vas acordando de todo. Y te acuerdas de que la primera noche que no vino tú te alegraste y secretamente deseaste que sus ocupaciones o sus viajes o las mujeres o lo que fuera lo tuvieran allá por algún tiempo. Te vas acordando y ahora te acuerdas de todo. Por las mañanas, mirando hacia la otra cama, al despertarte por si llegó esa noche, y quedarte tranquilo y contento, y afeitarte y ver la habitación toda metida en el espejo, tuya y para lo que te diera la gana, como cuando lo de Isabella. Y dices:

—Diecinueve.

O "veintitrés", porque fuiste contando los días uno a uno inconscientemente.

Y cuando, últimamente, te detienes en mitad de la calle y vacilas y la gente seguramente se fija en ti, o apresuras tus cosas en la calle y te metes en el "metro" y subes de prisa las escaleras para llegar y abrir la puerta de golpe, como ayer mismo. Entonces, qué, ya no te engañas más. Abres la puerta de golpe y tú quieres convencerte de que estás sereno y que no tienes nada que ver con esto, pero allí estás, en el umbral, como temblando y quieto ante todas las cosas intactas, silenciosas y solas y todas como tú las dejaste. Y sin nadie más dentro ni noticias, ni poder leer las cartas ni el telegrama para saber algo por lo menos.

Y me digo de pronto:

—No, nada bien —pensando en todo esto, y me da rabia, sobre todo porque ya veo que no puedo ponerme a lo mío como es debido.

Me levanto por fin y abro el armario y me sirvo una copa. Y qué va a pasar, si llega ahora. ¿Me va a decir algo? Venga, hombre, encima que llegué sólo por lo de la botella. Por esto también es. Te quedas solo y tranquilo y un día te sirves una copa, porque él no lo nota aunque llegue esa misma noche o, todo lo más, al día siguiente. Pero no llega esa noche, ni llega al día siguiente, y luego coges la botella

y la miras levantándola a través de la ventana a ver por dónde va, y va bien, y te sirves otra copa.

Así terminé la botella de coñac primero y abrí la botella de ginebra.

La ginebra también se está terminando y no sé por qué pienso ahora que si había dos botellas cuando se marchó también podía haber tres y no me daría tanta cuenta de que se está terminando.

Porque si lo tienes aquí, en tu casa como quien dice, qué vas a hacer. Y la radio, lo mismo, me parece como si fuera mía de toda la vida. Y el papel éste... Las cuartillas seguramente es otra cosa, y la pasta de los dientes, pero, digo yo, qué vas a hacer. "Les carnets du major Thompson", y el otro libro... Empecé sin ganas y cuando los terminé, hace ya más de una semana, creo que le eché un poco la culpa de que no tuviera alguna otra novela de ese tipo.

Ya no paro. Le echo mano otra vez a las cartas amontonadas y al telegrama y las paso una a una de la mano izquierda a la derecha y de la derecha otra vez a la mesita al lado de la cama. "Rudolf Fusch", unas, y otras, "Rudolf Hartmut", todas enviadas desde Reutlingen. Y así doy otra vuelta por la habitación, aunque sé que Isabella me está oyendo abajo, y me sirvo otra copa a ver qué pasa. Nada de cuanto hay aquí es mío, casi nada, ni siquiera la tinta con que lleno la pluma ni las cuartillas. Esta no es mi casa, ni nada de esto conocía yo hace tres meses, y, sin embargo, tengo la sensación de que, al irlo usando poco a poco, todo esto que me rodea se ha hecho mío, de todo me he apoderado y todo me pertenece y nada de todo esto tiene otro dueño. Pero ¿y él? ¿Qué ha sido de un muchacho alemán llamado Rudolf Fusch o Rudolf Hartmut que hasta hace veinticuatro días vivía en esta habitación del Boulevard Raspail con sus dos libros y su radio y sus dos botellas de coñac y ginebra, el que debía recibir las cartas enviadas regularmente desde Reutlingen y que, por las noches, se quitaba las gafas y las depositaba medio dormido sobre la alfombra?

—Bueno, y a mí qué —digo—. ¡Maldito...!

Y me asusto porque es la tercera o cuarta vez que me cojo hablando solo y en alto esta tarde.

Y así estoy un buen rato y me siento y miro a los tejados y a las puntas de las chimeneas y luego miro hacia el suelo, como si así pudiera ver si esa está ahí todavía.

Puedo llamar por teléfono a alguna Comisaría, o avisar a alguien por aquí... No sé a quién, pero decirlo. O a ver si por medio de algún periódico da señales de vida. Claro, y luego ya me veo, si no aparece el condado. O aparece... Ya. Qué van a decir. El primero que se la carga soy yo. No sé qué pasa en estas cosas, pero siempre fastidian al primero que aparece. Y en este caso, el primero, y el último, el único que

aparece soy yo. Y el trabajo ya se ha fastidiado. Te llevan, te preguntan y te llaman y ya no te dejan en paz.

—Claro, qué van a decir. Ya me veo... —y me doy cuenta de que estoy repitiendo estas mismas palabras desde hace una hora.

Me levanto de golpe y doy todavía una vuelta, aguantándome y de repente echo mano de la botella para servirme otro trago.

—El último —yo lo oigo porque debo haberlo dicho yo y casi me atraganto al echar abajo la ginebra de un golpe.

Dejo la copa sobre la mesa y ya no pierdo el tiempo. Porque acaso en el minuto siguiente llegue una muchacha, o un amigo de Reutlingen, o un vendedor de libros, o un agente de la policía o alguien y entonces o en algún momento empezarán de verdad los líos.

Y recojo todas mis cosas y me largo.

Daniel Sueiro.
Larra, 14.
MADRID